

- III -

ANTUSA riega unos tiestos en la azotea de su casa. La luz es de atardecer. CALÍCRATES llama a su hermana desde la puerta de Dodonio.

Calícrates
Antusa

¡Antusa! ¿ha llegado el arca?
¡No! (*Calícrates se retira*)

Del portal de Tesifón se despega CELESTIO, saltando de alegría. Entre sus dedos reluce una moneda. Corre a la ventana de TIMOTEA, da unos golpes y asoma la cabeza de la proxeneta.

Celestio

En el arca meteremos a Silas, aunque haya que plegarlo. (*Timotea asiente y vuelve a cerrar la ventana*) Es bueno servir a gente moza. El amor los vuelve generosos. (*Arroja al aire y apara la moneda*) El amor ilumina lo que toca. ¡Vulgar y grandísima verdad! Ni los mismos enamorados conocen su estado de gracia. (*Antusa tararea una monótona melopea africana*) ¡Antusa! ¿Quién iba a figurarse que tuviera tan hermosa voz? ¡Antusa: que se muere por mis pedazos!

Antusa
Celestio
Antusa
Celestio

La, la, la...
Son raras las mujeres. Quieren más al que mejor las engaña.
La, la, la...
Voy a hacer que no la he visto. (*Vuelve a arrojar al aire su moneda*) Esto siempre da resultado.

Antusa
Celestio
Antusa

(*Viéndole con alegría*) ¡Celestio! (*Silencio*) ¡Dueño mío! (*Silencio*)
[¡Yo, duro que duro!]
¡El más dulce de los dátiles (*Silencio*) ¡Mi amado Celestio! (*Silencio*)
¡Celestio! (*Silencio*) ¡Eh, buen hombre! (*Celestio hace que se va*) ¡Eh! (*Picado por esa mínima expresión de respeto*) ¿Soy yo ese buen hombre, o te refieres a algún desconocido?

Celestio

Antusa
Celestio

¿Así que no estás sordo?
No, no estoy sordo..., ¡buena mujer! (*Antusa se retira*) ¡Antusa!
¡Perdóname! (*Golpeándose la cabeza*) ¡Burro, burro! (*Poniendo melaza*) ¡Asómate, palomita! (*Antusa lo hace*) ¡Ay, cómo me han atrapado esos anzuelos!

Antusa

¡Cierra la boca, saco de mentiras! ¿Puede saberse por qué te ibas? (*Celestio da a entender que no la había visto*) ¿Ni tampoco me oías? (*Silencio*) Lo que pasa es que, como ya me has tenido, estás hastiado de mí.

Celestio

¿Hastiado? ¡Desde que te he tenido voy sonámbulo, sin saber qué hago ni por dónde ando!

Antusa

¡Retórica! El hambre y el amor no pueden estar ocultos, y el que no va a la mesa es porque ya comió. ¿Qué buscas de Timotea que yo no pueda darte?

Celestio
Antusa
Celestio
Antusa
Celestio
Antusa

Alguien te ha enredado.
¡Buitre!... ¡Que dejas la carne fresca por la corrupta!
(*Divertido*) ¿Tú, celos de Timotea, vieja y fea?
Es fama que son esas gallinas las que dan el buen caldo.
(*Exagerando el asco*) ¡Puaf!
¡Farandul!

Celestio Yo te aseguro que en trance tal, haría como aquel reo que, teniendo ya en la mano la copa de cicuta, le presentaron a una mujer tuerta y coja: “Cásate con ésta y librarás la vida”. Y el reo, sin pensarlo más, apuró de un trago la cicuta.

Antusa ¡Chalán!

Celestio Buitre, farandul, embustero, chalán... ¡Tus malos tratos me obligan a irme! (*Antusa se angustia*) ¿Está tu hermano? (*Ella sonríe*) ¡Si supiera que no está, ahora mismo iba a quitarte las arrugas del entrecejo!

Antusa La, la, la...

Celestio ¡Que subo!

Antusa ¡Que te tiro esta maceta!

Celestio ¡Perro con hambre no teme al palo!

Antusa ¡Sube, que palo tendrás!

Celestio (*Hace que se va*) ¡Adiós, entonces! ¡Y queda con la pena!

Antusa (*Llorosa*) ¡Sube!

Celestio ¿Tendré palos? (*Ella niega y él sube a la terraza*)

Antusa ¡Traidor, que te las sabes todas!

Celestio (*Abrazándola por la cintura*) Eres injusta, pero te perdono. (*La besa en el cuello*) Si estuvieras en tus cabales, te darías cuenta de que no hay otra tan amada como tú por ningún hombre. (*Sacando unas tijeras*) Si no me crees, ¡córtame la lengua! (*La enseña toda*)

Antusa Si supiera que me engañas, otra cosa te cortarías. (*Celestio la empuja hacia dentro*) ¡Déjame!

Celestio ¡Ayer no te resistías!

Antusa (*Parándole los pies*) ¡Quietos! ¡O me juras que te casas conmigo, o por mis muertos que no cruzas más esta puerta!

Celestio ¿Qué rito prefieres?

Antusa El que ate más fuerte.

Celestio Pues dame esa mano, que voy a jurártelo delante de la lamparilla de tus penates. (*Entran al aposento de Antusa enlazados por la cintura. Se oscurece la escena*)

Vuelve la luz. La acción tiene lugar media hora después. CELESTIO abandona con algún recelo la casa de ANTUSA. Luego de una corta duda, decide encaminarse a la casa de los Tesifonios, cuando es abordado por el mudo EUFORBIO.

Celestio ¿Qué quieres?

Euforbio (*Indicando la casa de Filemón*) ¡Aug!

Celestio Supongamos que tienes lengua.

Euforbio Mi amo quiere verte.

Celestio ¿Y sabes para qué?

Euforbio No; pero él te lo dirá.

Celestio (*Contrariado*) ¡Qué fastidio!

Euforbio ¿Por qué?

Celestio Por nada. (*Transición*) ¿Así que el noble Filemón me necesita? (*Poniendo una mano en el hombro de Euforbio*) ¡Je! ¿Te imaginas cuánto honor supone para un barbero ser llamado por tan alta persona?

Euforbio ¡Aug!

Celestio No se puede expresar con palabras, ¿verdad? (*Euforbio sonríe*) ¿Y a tí, cómo te va con este amo?

Euforbio Por la casa estoy contento, con un ama de llaves a la cual le tengo tomada la horma. (*Riñe y guiña un ojo*) ¡Pero el viejo puñetero!... ¿Crearás que ahora me amenaza con manumitirme?

Celestio ¡El tuno! ¿Te ha pillado robando?

Euforbio Muchas veces. Pero ahora se junta con otros cristianos y le ha dado la perra de manumitirme.

Celestio ¡No lo creas! ¡Te coacciona! Con esa estratagema sólo busca un mayor rendimiento en sus esclavos.

Euforbio Te equivocas. Esta vez es sincero. Lo he visto acudir al torrente, a la montaña y al estadio, por escuchar a esos locos predicadores. Ningún cristiano tan radical como el que se inicia. Cualquiera de éstos es capaz de manumitir a todos sus esclavos, pues más que al ladrón teme al infierno. Y este es el caso de Filemón Pirreo.

Celestio ¡El buen Filemón! A excepción de unas pocas, son gentiles todas las familias nobles de la ciudad. (*Confidencialmente*) Yo también acudo al torrente. Y a veces a las catacumbas.

Euforbio ¿A las catacumbas?

Celestio ¡A las catacumbas! (*Observa en Euforbio el efecto de su revelación*) Por nada del mundo se te ocurra soltar la lengua. (*Euforbio se lo asegura*) ¿Y sabes? ¡Pronto seré bautizado! (*Euforbio hace “¡Aug!”*) ¡Me revienta que me digan catecúmeno!

Euforbio ¿Es sincera tu conversión?

Celestio ¡Sin duda!

Euforbio Permíteme ponerlo en cuarentena. (*Celestio respinga*) Conociéndote, sospecho que te guían intenciones poco desinteresadas.

Celestio ¡La suspicacia propia de una mentalidad de esclavo!

Euforbio Soy una persona sencilla.

Celestio Eres un pillo de siete suelas. (*Tomándole del brazo*) De ti a mí: Aparte lo atrayente de la doctrina cristiana, intuyo un siglo de grandeza, despertándose en mí un milagroso sentido de anticipación. Bien mirado, no existe al presente una secta más necesitada de barberos que esta que dicen cristiana. ¿Te imaginas millones y millones de cerquillos? ¡A Celestio no le ha de faltar trabajo!

Euforbio ¿Me llevarás contigo?

Celestio Tendrías que trabajar en firme.

Euforbio ¡Aug! (*Y hace una higa*) ¿Conoces algún amo que quisiera comprarme?

Celestio No será fácil en esta ciudad.

Euforbio Si Pirreo me da la libertad, estoy en el derecho de venderme.

Celestio Ningún patricio te compraría por no malquistarse con Pirreo. Pero si llega el caso, pídele a tu amo un certificado de buena conducta. Sin ese requisito sólo estarías en condiciones de malvenderte a mercaderes, contratistas o posaderos. (*Celestio llama a la aldaba de los Tesifonio*)

Euforbio ¡Por tu Dios, Celestio, ayúdame! ¡Yo no quiero dejar de ser esclavo! (*Sollozando*) ¡La vida es dura y los hombres malos! (*Cae aflojado por la congoja*)

Celestio (*Antes de cruzar la puerta que el paje ha abierto*) Dile a Filemón que aguarde un poco.

Euforbio ¡Aug! (*Se levanta, se sacude el polvo y se mete en su casa*)

Al compás de un fondo musical de flauta, dos mozos de cuerda,

portando un arca, llegan a la plazuela. Después de unos titubeos, se deciden a llamar a la puerta de FILEMÓN. Abre el mudo, le preguntan algo y contesta con un gesto negativo. Los ganapanes se detienen ahora ante la puerta de PAPPAS. En este momento, CELESTIO, que ha salido con SILAS a la puerta, sisea a los ganapanes.

- Celestio ¡Si buscáis a Calícrates, yo soy! Vine ayer de Alejandría, estoy con este amigo, y vivo en aquella casa (*Señala la de Timotea*) Una mujer de edad os abrirá la puerta. Dejadle el arca sin cuidado, porque ella es mi madre. (*A Silas*) Dales una moneda. (*Silas da un cobre a los mozos*) ¡De plata, hombre! No será plata perdida. (*Silas recobra la moneda de cobre y entrega otra de plata. Los ganapanes, después de agradecerlo, van con el arca a casa de Timotea y llaman a la aldaba. Se hace OSCURO*)
- Rápidamente vuelve la luz. TIMOTEA sale de su casa y se dirige a la de ANDRÓMEDA. Se queda indecisa antes de llamar.*
- Timotea El joven Silas dice que quería verme. Pero a una mujer como yo, fuera del que la busca, no es conveniente que la vea nadie. (*Ausulta la puerta*). ¿Estará Silas? ¿No estará? Voy a llamar. (*Llama a la aldaba*) Y si saliera la viuda, ¿con qué me excusaré? Diré que vendo reliquias, ocupación bien vista en todo tiempo. (*Vuelve a llamar*) ¡Buena es esta patricia! ¡No la hay más soberbia y estirada en todo el Imperio! (*Pausita*) También sería un caso de desgracia que, habiendo en esta casa dos o tres que me conocen, saliera la madre precisamente. (*Vuelve a llamar*)
- Andrómeda (*Asomándose a la ventana de la planta baja*) ¿No podía llamar con más discreción? Justamente, cuando estaba...
- Timotea ¡Nunca me lo perdonaré!
- Andrómeda ¿Qué buscas en mi casa?
- Timotea No sé qué decirte, porque ahora que te veo ya no sé si eres tú la que me encargó una reliquia.
- Andrómeda ¿Acaso eres cristiana?
- Timotea ¡Oh, no... Dios me libre! (*Se santigua*) Yo me he criado en la creencia de nuestros dioses inmortales; no simpatizo con los revolucionarios. Pero una tiene que vivir.
- Andrómeda ¿Y en qué consiste esa reliquia?
- Timotea Un huesecillo del pie de un santo varón que murió en el desierto.
- Andrómeda ¿Uno de esos llamados anacoretas?
- Timotea En efecto. ¿Te lo muestro?
- Andrómeda (*Horrorizada*) ¡No! ¡Vete, vete...!
- Timotea También vendo pomada y almizcle.
- Andrómeda Vete en paz; no me interesa.
- Timotea ¡Es natural! ¿Para qué quieres tú los afeites, si tienes el cutis de una muchacha. ¡Je...! Eres muy hermosa aún.
- Andrómeda ¡Aún! Ese "aún" es el que acibara tu lisonja. (*Suspirando*) ¡Aquel tiempo se acabó!
- Timotea Puedes dar mucha guerra todavía.
- Andrómeda ¿Crees tú? ¡Oh, buena mujer! Te compraré un poco de almizcle. Voy a abrirte la puerta.

Timotea El caso es que no traigo el almizcle.
Andrómeda ¿Por qué has llamado, entonces? (*Timotea se aleja como una zorra*)
¡No sé por qué me parece que me has estado mintiendo! (*Cierra de un golpe la ventana*)

Aún no ha abierto su puerta TIMOTEA, cuando oye que la llaman. Es CELESTIO, que llega con SILAS por una calle.

Celestio ¡Timotea! (*Ella se vuelve*)
Silas Te necesito, Timotea. Tienes que correr tu oficio sin demora.
Timotea Pobres las de mi oficio, que hemos de hacer lo que el sol: alumbrar tanto a buenos como a malos.
Silas Y yo ¿qué soy?
Timotea ¡De los mejores! ¿Qué me mandas?
Silas (*Dándole una carta*) Hazla llegar a quien tú sabes. (*Dándole una moneda*) Si vuelves con noticias, aún seré más generoso.
Timotea Con tu amistad estoy pagada. (*Besa la moneda y se la guarda*)
Silas Mientes, pero no importa si me sirves bien.
Timotea Antes pondré en el fuego mi marmita y cogeré mi chal.
Silas ¡No se te ocurra tocar el arca!
Timotea ¡Soy tan honrada como tú! (*Hace mutis por su puerta*)
Silas No le falta razón. Cuando un patricio se mete en bellaquerías, no es más que un mal nacido. (*Se pone a dar zancadas*)
Celestio Te consumes de impaciencia, ¿verdad?
Silas (*De mal talante*) ¿Te importa mucho?
Celestio Si opinas que no, ¿por qué me utilizas? (*Inicia el mutis*)
Silas ¿Dónde vas? (*Deteniéndole*) ¡Perdóname, Celestio! La verdad es que estoy muy nervioso.
Celestio Se te nota. ¡Anda, ve a darle ánimos a tu hermano! (*Lo acompaña hasta la puerta*)
Silas Para mí los quisiera yo.
Celestio Piensa que Helena posee todas las perfecciones.
Silas ¡Me aterra encerrarme en una caja!
Celestio Piensa que de esa caja saldrás curado.
Silas De una caja salieron todos mis males.
Celestio Entonces, dejemos de pensar.
Silas ¿Y los mozos de cuerda?
Celestio Descansa en mí.
Silas (*Invitándole a pasar*) ¿Entras?
Celestio Me espera Filemón. (*Le guiña un ojo*)
Silas ¡Porra de viejo verde! (*Entra riendo en su casa, mientras Celestio se dirige a la de Pirreo. OSCURO*)

Vuelve la luz a escena, algo más debilitada, pues se supone que ha pasado un cuarto de hora. CALÍCRATES sale de casa de sus amos derecho a la de TIMOTEA. En una mano lleva un bulto de ropa, y una carta en la otra.

Calícrates No hay justicia en la tierra, pues de haberla, Pappas habría de rendir cuentas por tener encerrada a una mujer tan virtuosa como Helena.
¡Encerrada! ¿Puede darse peor tormento a una mujer? (*Pausita*) Atar corto a un alma generosa es un grave pecado. Si él aflojara la mano,

ella se pasaría el día haciendo obras de caridad... como en el caso de este pobre hijo, que ha quitado el sosiego a la buena Helena, que no hace más que suspirar de pena, por no poder socorrerlo como ella quisiera (*Timotea sale de su casa rebañándose las encías*)

Timotea ¡Vaya! ¡Si es el bueno de Calícrates!
Calícrates (*Inclinándose*) Tu devoto amigo.
Timotea ¿Cómo es que dejaste la conserjería?
Calícrates No te falta humor.
Timotea ¿Qué traes ahí?
Calícrates Ropas para el enfermo. Y esta carta.
Timotea ¿Qué coincidencia! Yo traigo otra. No hace una hora yo estaba en su celda consolándole. (*Intercambian sus recados*)
Calícrates ¿Cómo está?
Timotea Muy mal, muy mal... Tal vez estos vestidos sean su mortaja. (*Suspira*)
¿Y Helena?
Calícrates ¡Bendita mujer! Desde que le di la primera carta, anda fuera de sí. Me ha encargado también que te entregue esta moneda de plata en pago de tus molestias. (*Se la da*)
Timotea (*Besa la moneda*) ¡Corazón magnánimo!
Calícrates Aunque sé que, para un alma como la tuya, la caridad no es molestia, sino un placer.
Timotea (*Guardando la moneda*) ¡Muy verdad! ¡Y ya es una pena que un alma precise de la olla para seguir haciendo el bien!
Calícrates En la vida mortal el cuerpo y el alma son una misma cosa. (*Inclinándose*) Queda en paz, buena mujer. (*Vuelve a la casa de sus amos*)
Timotea No pierdas esa carta, ni la entregues a quien no va destinada... (*Calícrates asiente*) No tendría gracia que, por hacer un bien, acaeciese un mal.
Calícrates Tranquilízate. (*Se mete y cierra la puerta*)
Timotea Que los cielos te conserven la inocencia. (*Entra en su casa*)

SILAS abandona su morada y se dirige a la de FILEMÓN, llama a la puerta y le abre EUFORBIO, que afirma a una pregunta de SILAS. El mudo vuelve a entrar y al momento sale acompañado de CELESTIO. EUFORBIO hace una cortesía y vuelve a cerrar la puerta.

Silas ¿Qué tanta liga con ese viejo?
Celestio Ya no soy tu esclavo, amigo Silas.
Silas No me acostumbro a verte servir a otros.
Celestio Pero a ti te quiero. (*Silas gruñe*) ¡He de ganarme la vida!
Silas No discutamos. Tenemos que ver a Timotea.
Celestio Si es que esa pelleja está en su casa.
Silas Tiene que estar.
Celestio Su oficio es correr.
Silas Llama.
Celestio ¿Y si está su chulo?
Silas Le das una cuchillada.
Celestio ¿Tan fácil?
Silas ¡Pues qué! Cuando asome, ¡zas!
Celestio (*Tragando saliva*) No es cosa de chirigota.
Silas ¿Te decides a llamar? (*Celestio toca la aldaba*)

Timotea (Asomándose a la ventana) ¿No podéis sosegar, hijos míos? (Silas sonríe) Os abriré la puerta.

Silas No es necesario. Dime sólo si la carta ha llegado a su destino. (Timotea afirma) ¡Loada sea Venus! ¿Y hubo carta suya?

Timotea (Capciosa) ¿Qué darías por saberlo?

Silas ¿Es que todo lo vendes? (Timotea ríe) ¡De acuerdo! Una carta suya bien vale una dracma.

Timotea Yo no he dicho que hubiera carta.

Silas (Angustiado) ¿Es que no la hay? (Timotea afirma y le alarga la mano petitoria) ¡Dámela!

Timotea Antes, la moneda. (Silas se la entrega y Timotea le da la carta, que el joven besa) Y aún hay otra cosa. (Muestra el atadillo de ropa)

Silas ¡Mi disfraz! (Quiere alcanzarlo y Timotea se lo amaga) ¡Te daré otra dracma! (Hacen el trueque. Silas, ante las burlas de los alcahuetes, se prueba por encima un gran manto de amarilla cotonada y un hermoso velo de seda celeste. De esta guisa lee su carta) ¡Por fin, Celestio! (Le estrecha las manos) ¡Gracias, mujer! Aún vas a serme útil. (La besa)

Timotea Soy tu servidora.

Celestio (A Silas) Sigue siempre el proverbio: “Encomiéndate al que sabe y déjale hacer”.

Silas (Devolviendo las ropas a Timotea) Luego te daré instrucciones (Va hacia su casa)

Celestio (A Timotea) Una pregunta indiscreta: ¿Tienes barragán?

Timotea Soy una mujer decente.

Celestio ¡Por ahí se empieza! ¿Conoces al esclavo Euforbio? (Timotea afirma) Manumítelo y será tu chulo. (Timotea le da con la ventana en las narices) No te sirve sin lengua, ¿verdad? (Se retira de allí riéndose. Silas le invita a pasar a su casa)

Silas ¿Entras?

Celestio Debo ir a rizar una barba.

Silas ¡Pero yo te necesito!

Celestio ¡Sin exigencias, amigo! No olvides que si te sirvo es por pura devoción. (Silas farfulla) Debo atender mi negocio.

Silas ¿Tocas el laúd?

Celestio No.

Silas ¿La cítara, la vihuela, el arpa...?

Celestio ¡No, no, no...! Yo sólo sé hacer lo que un tonsador: afeitar, rizar la barba con las tenacillas, peinar las cabezas al estilo del emperador y pintar lunares en la cara. (Tomando aliento) Sacar muelas, curar espinillas, ligar arterias, sangrar apoplejías y rajar panadizos.

Silas ¿Y de música, nada? (Celestio niega) ¡Entonces no presumas de barbero! (Metiéndose) ¡Abur!

Celestio ¡Silas!

Silas (Reapareciendo) ¿Qué?

Celestio ¿Qué debo hacer? (Silas gruñe) ¡Si no te confías a mí, nada podré ayudarte!

Silas Ella agitará un pañuelo por la ventana

Celestio ¿Ella? ¿Cuál de las dos?

Silas ¡Ella!

Celestio ¡Helena! No debí dudarlo. Desde el terrado de Antusa se ven perfectamente las ventanas de Dodonio.

Silas ¿Y está Antusa? (*Celestio afirma*) ¡Entonces, quédate en la plaza. (*Mutis de Silas. Celestio vigila las ventanas. Sale Demetrio de su casa*)

Demetrio ¿Me acompañas?

Celestio Estoy ocupado.

Demetrio ¿Por cuenta de quién? (*Celestio indica con la barbilla*) ¿De Silas? Es evidente que te complace servirle más que a mí. (*Suspira lamentablemente*)

Celestio Comediante, sigue mi consejo: Haz guiñol, pues ya del drama se han adueñado la cólera y el resentimiento.

Demetrio Se ve que no has amado nunca. (*Celestio ríe divertido*) Aquí dice que el amor se alimenta de esperanza. (*Se saca un poema de la manga*)

Celestio El amor, como el cuerpo, se hace más saludable variando la minuta. (*Demetrio guarda el poema*) ¿Ves aquella ventana?

Demetrio No se va de mi pensamiento.

Celestio (*Mientras anda hacia el lar de Antusa*) Pues no pierdas de vista la de al lado.

Demetrio ¡Oye...!

Celestio Si asoma un pañuelo blanco, llámame.

Demetrio ¿Dónde vas?

Celestio (*Entrando*) ¡A arreglar unas barbas! (*Un pañuelo blanco empieza a moverse en la ventana*)

Demetrio ¡Celestio! (*Éste vuelve a salir y mira el pañuelo*)

Celestio (*Desde la puerta de Tesifón*) ¡Silas! ¡Silas!

Sale el mayor de los Tesifonios. CELESTIO le indica la ventana, u SILAS, con señales de júbilo, arrastra a su hermano a la casa de TIMOTEA. Llamam a la aldaba, la puerta se abre y entran. CELESTIO ha entrado mientras en casa de ANTUSA. Se hace el OSCURO.

Se supone que han pasado algunos minutos. Vuelve la luz al escenario. ANTUSA sale de su casa a la de PAPPAS, llama a la puerta y abre el Dodonio en persona. Mientras se desarrolla la escena siguiente, vemos cómo se abre la ventana de TIMOTEA, y desde allí, SILAS indica a la proxeneta el pañuelo blanco que flamea todavía. Se enciende una lámpara en la casa de TIMOTEA, y esto nos permite ver cómo SILAS se coloca, encima de los suyos, los vestidos femeniles.

Pappas ¿Qué quieres, Antusa? (*Ella le mira con los ojos muy abiertos*) Si buscas a tu hermano, está ocupado.

Antusa Señor, déjeme estar aquí. Tengo miedo. En aquella casa hay un duende.

Pappas Los duendes no existen.

Antusa Existen, señor. Y se vengam de los incrédulos.

Pappas ¡Supersticiones africanas! Esa casa es mía y te aseguro que no hay duendes. (*Ella no deja de mirarle fijamente, y ahora con la cabeza doblada en una súplica*) Está bien, ¡quédate!

Antusa (*Besándole la mano*) ¡Gracias!

Pappas Haces una voz extraña. (*Con desconfianza*) ¿Eres verdaderamente la hermana de Calícrates?

Antusa Llámale.

Pappas (*Fuerte*) ¡Calícrates! (*Tentándole el velo*) Todo me pone mosca, hija

mía. Un disfraz de mujer puede encubrir a un hombre. ¿Por qué no me dejas ver tu cara? (*Ella retrocede*) No pecarás por tranquilizar a un alma atormentada. (*La desvela*) Un rostro egipciaco, sin ninguna duda (*La barbillea*). Y muy bonito, por cierto. (*Aquí aparece Calícrates*)

Calícrates
Pappas

Pues qué esperabas: un jayán con barbas?
¡Oh, Calícrates!..., estoy consternado. ¿Qué he de hacer para desagaviarte?

Calícrates

Cambiar completamente. Y no me has agraviado a mí, sino a ti y a tus mujeres.

Pappas
Calícrates
Pappas

(*Doblando la rodilla*) Perdóname. Y tú también, hija mía.
Déjate de ceremonias. (*A Antusa*) Vuelve a casa.

Antusa
Calícrates

Está muerta de miedo.
Hay duendes.
(*A Pappas*) ¿Han traído mi arca? (*A Antusa*) ¿Sabes si... (*Antusa niega con la cabeza y va a acurrucarse en el portal. OSCURO*)

Se supone que han pasado otros cinco minutos. Vuelve a encenderse la escena con una débil luz del anochecer. HELANA y EURICE han bajado de sus aposentos. HELENA lleva un manto de algodón verde marino y un velo rojo desvaído. EURICE, manto amarollo y velo cerúleo. Se las nota inquietas y arboladas. HELENA cruza el portal apoyándose concienzudamente en su marido. El bulto de ANTUSA apenumbra en el quicio. Desde su ventana, les observan TIMOTEA y los Tesifonios.

Helena

Esposo mío, te agradezco que hayas escuchado a mi padre, permitiéndome ir a la vigilia.

Pappas

Bien sabes que no es por mi gusto. Pero me tranquiliza algo que Eurice te acompañe. (*Las mujeres le besan la mano*) Lo que no comprendo es cómo esa secta gusta de hacer sus ritos en la oscuridad de las cuevas, y en las horas nocturnas preferentemente.

Helena

Aún no es noche cerrada y estamos en primavera.

Pappas

¡Pero se cerrará! (*Cogiéndole una mano*) ¡Ay, Helenita! ¡La noche y la primavera son desde ahora mis enemigas mortales! (*Abrazándola*) ¿Por qué me dejas solo? ¿No te compadeces de mí? (*Se oye en off la frase del Oráculo: "¡Trupita Anafre!", que hace estremecer a Pappas*)

Pappas

(*Soltando a Helena como si le quemase*) ¡La profecía! (*Helena se muerde la risa*) No es para tomarlo a broma.

Helena

Si te sientes solo, ¿por qué no acompañas a mi padre?

Pappas

Congeniamos mal, pero iré. (*Cogiéndole fugazmente una mano y besándosela*) ¡Por mi amor, no tardes demasiado!

Helena

Sólo lo que dure el oficio. (*Pappas toma un hachón y lo pone en las manos de Calícrates, que ha permanecido junto a su hermana*)

Pappas

Calícrates, hijo... Cuida mucho de ellas, sobre todo que no me las estrujen. Ya se sabe que donde se junta gente, no falta quien busca sacar provecho. (*Calícrates asiente*) Vosotras cubríos toda la cara con el velo, y andar algo encorvadas, como caminan las viejas, que es el modo más seguro de que nadie os ataque. ¡Cubríos, cubríos!

Eurice

¿Y cómo miramos dónde poner los pies?

Pappas

Lazarillo no os falta. (*El propio Pappas se ocupa de taparlas a su gusto, mientras las abruma de consejos*)

Los Tesifonios acechan desde la ventana

Demetrio ¿Te has fijado? ¡Eurice es la más hermosa de las dos!
Silas Eurice te parece más hermosa. Sin embargo su boca no es demasiado grande.
Demetrio ¡Pues es verdad!
Silas Ni tampoco sus ojos. Y en conjunto, no puede decirse que no es ella grande.
Demetrio No es pequeña.
Silas Poco a poco irás descubriendo todas sus perfecciones.
Demetrio Sí; ella y Helena no se parecen en nada, ¡pero cuidado con equivocarte!

Pappas sigue mortificando a las mujeres, que ya van completamente tapadas. Calícrates, con el hachón apagado, está impaciente, tanto como las mujeres.

Pappas Amor... procura no andar cerca de las paredes y de las partes oscuras. Las calles, sobre todo a estas horas, siempre están llenas de ojos, de pensamientos y de manos insolentes. ¡Habrá desvergonzados que te hablarán al oído, quitándote las ideas piadosas! (*Helena le da palmaditas tranquilizadoras*)
Helena Pierde el cuidado, amigo mío.
Demetrio ¿A quién habla?
Silas A Helena. Pappas no estaría tan receloso de su hija.
Demetrio Ya vienen.
Ambos (*Estrechándose las manos*) ¡Suerte!

Cierran las ventanas. Las dos embozadas, acompañadas por Calícrates, echan a andar, seguidas de los ojos angustiados de Pappas. Cuando doblen la esquina, el Dodonio entrará en su casa.

Helena ¿Viste mi marido, qué mala especie?
Calícrates Lo hace porque te quiere mucho.
Helena ¿Harías tú sufrir a alguien que quieres?
Calícrates Pues..., sí, creo que tienes razón. Yo, particularmente, nunca haría sufrir a la filosofía, que es lo que más amo.
Helena ¿Es eso lo que más amas?
Calícrates Sí. Y también siento una tierna compasión por ti, que eres una mártir. Pappas merecería una esposa que le coronase. (*Pausita*) ¿Sabes qué pienso? No te escandalices. Pienso que vuestras leyes son lo más absurdo. Una mujer, con más o menos dote, es entregada a un hombre, al que puede no amar, y encima la esclaviza.
Helena (*Después de suspirar*) Confío en que las mujeres de hoy seamos vengadas por las de mañana.
Calícrates ¿Vengar? ¡Si el mañana no es amor, estamos frescos! ¿No es el amor quien te ha sacado de casa? ¿El amor al prójimo? ¿Al hijo desgraciado de tu marido? ¡Bien sé que los oficios han sido un pretexto!
Helena Mejor es caridad sin oficios que oficios sin caridad.
Calícrates Esa frase...
Eurice (*En la puerta de Timotea*) ¡Ay! Se me ha bajado la pampanilla. ¡Qué

apuros, madre!
 Helena Entremos en esta casa. La puerta está entornada.
 Calícrates Aquí vive Timotea, esa bendita...
 Helena Ya la conozco. Y aunque no la conociera, igualmente entraría.
 (*Empuja a Eurice hacia dentro*) No hay mujer que no ayude a otra en casos semejantes. (*A poco, vuelve a salir Eurice. Una Eurice avirota, que se inclina al caminar. A Helena se le escapa la risa entre el embozo. Antusa corre a su casa, donde la recibe Celestio, besándola en la boca. Timotea se frota las manos de alegría. Se hace el OSCURO*)

Imaginamos que ha pasado una hora. Es de noche. Una antorcha arde en el zaguán de Dodonio. Luces trémulas en el recuadro de alguna que otra ventana de la plazuela. Otra vez ANTUSA sentada en el portal. PAPPAS pasea su puerta desesperado. CELESTIO y TIMOTEA lo observan desde la esquina.

Timotea Todavía ese oso dando vueltas.
 Celestio Es muy desconfiado. ¿Viste cómo renunció a ir a casa de Pirreo?
 Timotea Su hija hubiera pasado a su casa en un vuelo.
 Celestio De nada ha servido que Antusa se brindase a guardarle la puerta.
 Timotea ¿Cómo puede el Cancerbero confiar en otros perros?
 Celestio Esta noche, en tu casa, tendrás que anidar a dos palomos.
 Timotea Ya están anidados, y en buenas pajas: vellones de Arcaya y algodón de la India.
 Celestio Mañana, Eurice, volverá en el arca.
 Antusa (*A Pappas*) Es muy tarde, señor. ¿Qué dirá Calícrates si no tiene su cena a punto? ¡Tengo miedo! ¿Por qué no me acompañas?
 Pappas Lo siento, pero no me moveré de aquí. (*Pausita*) ¡Ya tardan demasiado! (*Celestio se le acerca con firmes pasos*)
 Celestio Beso tus manos, Dodonio; aunque más me gustaría rizarte la barba. (*Pappas le mira con ojos desilusionados*) ¿Cómo a estas horas paseando la puerta? ¿Te ocurre alguna desgracia?
 Pappas Tal vez, Celestio, tal vez...
 Celestio Cuéntamela.
 Pappas Lo haría, pero no acabo de fiarme. Has sido esclavo de esos corrompidos mozos, vecinos míos.
 Celestio Pero ahora soy libre. (*Pappas afirma con un gruñido*) No te extrañe que sienta curiosidad. Cualquiera se extrañaría, conociendo tus costumbres morigeradas. Ya es tardísimo. ¡Seguro que tu esposa y tu hija ya están acostadas!
 Pappas ¡Ahí me duele!, porque fueron a hacer no sé cuáles devociones y...
 Celestio ¿No han vuelto? (*Pappas deniega*) ¿Fueron solas?
 Pappas Con Calícrates.
 Celestio Ese es de confianza, ¿verdad?
 Pappas Así lo creo. (*Señalando a Antusa*) Por cierto que ésta es su hermana.
 Celestio Sólo veo unos ojos.
 Pappas Nunca podrás verle otra cosa. (*De repente*) ¿Por qué no la llevas a su casa?
 Celestio ¡Líbreme Dios de acompañar a gente desconocida!
 Pappas Con ésta no hay cuidado. (*Celestio rezonga, fingiendo incredulidad*) ¡Está muerta de miedo! (*Celestio interroga con los ojos*) Dice que ha

sentido duendes.

Antusa *(Plegando a Celestio de rodillas)* ¡Llévame a mi casa, “buen hombre”, y hazme compañía *(Se abraza a las piernas de Celestio)* hasta que llegue mi hermano.

Celestio ¿Y crees que va a llegar? *(Sonríe con ironía)*

Pappas ¿Qué te hace suponer...

Celestio Si fueron a los oficios de víspera, en las catacumbas, iba para largo! Hay allí un predicador, al que dicen “Pico de oro”, que cuando coge la hebra, ya no la suelta hasta que canta el gallo. *(A Antusa)* ¿Vamos, flor del desierto? *(Ofrece su mano a Antusa, hacen una cortesía a Pappas, y le dejan solo con su atormentada imaginación. Un foco se proyecta sobre Pappas)*

Pappas Si no mirara el respeto que debo a mi nombre, iba ahora a las catacumbas y traía a mi mujer por los cabellos. No hay matrimonio bueno, y yo he reincidento, legalizando hipócritamente la satisfacción de mi lujuria de viudo. *(Golpeándose la cabeza con rabia)* ¡Ay, Dodonio, qué cara estás pagando tu burrada...! *(Haciendo un esfuerzo por razonar)* La duda es el pan de los celos... ¡No, no!... Los celos engendran la duda... Tampoco estoy muy seguro. ¿Qué fue antes, la gallina o el huevo? Todo parece enigmático y sin sentido. Pero yo soy un hombre equilibrado, así me veo, y mienten los que me tildan de celoso. Avisado, no lo niego. ¡A ver quién no lo es, si tiene un tesoro en casa! ¿Pero una mujer, es un tesoro verdaderamente? *(Mirando)* Por allá vienen. Ahora yo debía recibirlas a golpes, sobre todo a ella, si no mirase que es una gran verdad que un buen matrimonio no es el de más riqueza, sino el que no da que hablar. *(Se apaga el proyector)*

Por una esquina vienen las dos tapadas, precedidas de Calícrates, que trae encendido el hachón.

Pappas ¡Amigas, y qué bien se ve que hablaba aquel diácono!

Helena ¿Cuál?

Pappas El que dicen “Pico de oro”, y que debe ser muy apuesto, a juzgar por lo que habéis tardado.

Helena *(Por una rendija del embozo)* Milagro fuera que no estuvieses esperándome, podrido de recelos! ¡Que diga Calícrates si no es verdad que terminaron ahora los ritos!

Calícrates Así es.

Pappas ¡Pues se acabó! ¡Desde hoy no más ritos nocturnos!

Helena Sube a tus aposentos, hija mía. *(La otra tapada obedece)* Escucha, Dodonio: No pienso sufrirte otra insolencia. Si lo haces, pediré a mi padre nuestro divorcio.

Pappas ¡No!

Helena ¡Sí! Cualquier juez puede fácilmente invalidar un matrimonio que... que aún no se ha consumado. ¡Ya me entiendes!

Pappas *(Gimiendo, de rodillas)* ¡No te separes! ¡Yo me moriría...!

Helena ¡Pues ándate con cuidado!

Pappas *(Besándole los pies)* ¡No me dejes, Helenita! Yo te prometo que se consumará nuestro matrimonio..., pero ¡por tu Dios, deja que transcurra un año! ¿No oíste el vaticinio?

Helena ¡Tonterías!

Pappas ¿Tonterías, que un hijo mate a su padre?

Helena ¿Y cuándo iba ese angelito a matarte? Para cuando él pudiera empuñar una espada, tú ya estarías incinerado.

Pappas Nadie nombró la espada. Un lactante también puede matar. ¡Matar de sueño!

Helena Es despreciable un hombre que sólo mira por él.

Pappas Helenita...

Helena ¡Basta! (*Y le retira los pies*)

Pappas Tienes razón, tienes razón... (*Levantándose*) ¿Por qué no vamos a cenar? Con el estómago lleno las cosas mejoran de aspecto. (*Riendo a lo pillín*) ¡Y quién sabe si esta noche...!

Helena (*Muy seca*) Se me fueron las ganas de cenar. ¡Buenas noches! (*Helena se retira. Pappas se golpea la cabeza*)

Pappas ¡Torpe, torpe, torpe...!

Calícrates No te has portado bien (*Pappas le mira angustiado*) La has ofendido, ¡y aún le hablas de cenas!

Pappas ¡Si no cena es porque no quiere!

Calícrates No es el ayuno el peor mal que causas a tu mujer, sino la pérdida de una paz que con tanta devoción había conseguido.

Pappas (*Golpeándose de nuevo*) ¡Torpe, torpe, torpe...! (*Van aflojándose las piernas hasta caer sentado, lleno de congoja*)

Calícrates Dime, Dodonio, ¿ha llegado mi arca? (*Pappas ni le oye. Comienza un son quedo de flauta, diatónico, que se adscribe al llanto de Dodonio*)

O S C U R O